



Universidad Pontificia
de Salamanca

Laudatio del Padrino, José Luis Caballero Bono
Doctorado *honoris causa* del Dr. Jesús Conill Sanchón

Jesús Conill Sancho ha sido durante muchos años profesor de la Universidad de Valencia, donde ha ejercido como catedrático de Filosofía Moral y Política. Además, es conocido por ser uno de los autores más prolíficos que ha tenido la filosofía en lengua española desde los años ochenta hasta la actualidad.

Después de realizar su tesis doctoral sobre el concepto de tiempo en Aristóteles, y de una experiencia docente en los institutos de La Unión, Alcantarilla y Masamagrell, Conill ingresó en la universidad de la capital del Turia, en aquella década prodigiosa que vio el mayor número de estudiantes de filosofía del que guardan memoria los registros. Empezó entonces una andadura personal que no iba a consumirse en una morosa exégesis del autor elegido para su investigación doctoral. Más bien, su vitalidad intelectual se ha debatido con autores de la filosofía moderna y contemporánea. Ello no le ha impedido volver a Aristóteles cuando la marcha del pensamiento así lo proponía.

Su primer libro en esta andadura fue *El crepúsculo de la metafísica*. Después de ofrecer un detallado panorama sobre la metafísica a la altura de 1988, Conill se decantaba por una opción que consideraba de plena vigencia. Se trata de la teoría de la acción comunicativa de Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas. Apel había argumentado a favor de considerar esta teoría como una verdadera filosofía primera, recuperando así la expresión clásica. Y lo hacía por estimar que, en ella, desde el nivel alcanzado por la filosofía kantiana, se está en condiciones de ofrecer un orden de fundamentación, un orden lógico y un orden moral. Cabalmente una puesta al día de la famosa terna con la que los antiguos dividían el saber: Física, Lógica y Ética. La metafísica de la acción comunicativa establece que el lenguaje y cualquier forma de comunicación tienen un presupuesto del lado de acá: el presupuesto de que estamos hechos para llegar a un entendimiento. Esto representa una instancia normativa, más allá de cualesquiera juegos contingentes del lenguaje. En este presupuesto se revela una condición que es al mismo tiempo una meta. Me refiero a la comunidad ideal de comunicación, que

sería ese ideal regulativo de la intersubjetividad lograda. Hasta el pensamiento solitario, como ya habían advertido Herder y Humboldt, participan de la estructura de la argumentación pública. Cualquier forma de decir y de decirse tienen, como parte de su núcleo más íntimo, una pretensión de validez y una versión a los demás. Ese núcleo, observaba ya Conill por aquel entonces, tiene carácter de experiencia. Y la experiencia es un fondo último de la razón.

Unos años más tarde, el concepto de experiencia ya se articula como razón experiencial. El libro es *El enigma del animal fantástico*, de 1991. Conill ha elegido esta imagen nietzscheana, «el animal fantástico», como una caracterización del ser humano. El hombre no puede ser el que es sin hacer ficciones de su propia vida. Estamos abocados a imaginar nuestro futuro, cercano o lejano, y es la única manera de ser verdaderamente humanos. Como diría Zubiri, para llegar a ser su propia realidad, el hombre tiene que dar el rodeo de la irrealidad, es decir, el rodeo de las ficciones. Una vaca no imagina su futuro ni hace planes de pensiones. Sin embargo, en esa proyección que hace de su vida, el hombre puede equivocarse. Conill nos confronta con una disyuntiva crucial entre humanismo y barbarie. El animal no puede caer más bajo de lo que es. Pero el hombre, sí. Puede caer en un nivel por debajo del que le corresponde sin llegar a ser animal, pues conserva la inteligencia y la libertad. Como decía Ortega y Gasset, en frase que le gusta repetir a Conill, un tigre no puede destigrarse, pero el hombre puede deshumanizarse. Esta deshumanización es la barbarie. Está presente, por ejemplo, en un enfoque equivocado de la técnica, o en un enfoque equivocado del poder. Por más que el hombre no puede prescindir de la técnica ni del poder.

Frente a la barbarie, del lado del humanismo está la razón experiencial, irrenunciable en cualquier hermenéutica adecuada de la vida humana. Conill ya dedicaba entonces toda una sección a «Hermenéutica crítica de la razón experiencial». «Antes, en y tras la filosofía —dice Conill— hay experiencia». La experiencia es una cierta síntesis de presencia e interpretación, nunca se agota en la sola interpretación. Y no hay una dicotomía entre normatividad de la razón y flujo experiencial, como ya había señalado al analizar la razón comunicativa. Estas convicciones las ve presentes en varias líneas de la filosofía contemporánea: la fenomenología de Husserl, la dialéctica negativa de Adorno, la razón vital de Ortega, la inteligencia sentiente de Zubiri o la genealogía de la razón de Nietzsche.

La razón experiencial está en el concepto de «mundo de la vida» de la fenomenología, que es prelingüístico y paradójicamente incluye ya nuestro lenguaje porque asume toda nuestra historia. Es

el mundo en el que somos, nos movemos y existimos, horizonte hermenéutico último. La razón experiencial está también en la dialéctica que se niega a hacer las paces con una visión afirmativa y unidimensional del mundo, y que prefiere plegarse a la riqueza y complejidad de lo real. Está asimismo en la «vida de cada cual» que Ortega conceptuaba como realidad radical, aquella en la que radica todo lo demás.

Un rendimiento de la razón experiencial de Jesús Conill es su ética económica. El libro *Horizontes de economía ética*, de 2004, nos regala una magnífica excursión por el pensamiento económico antiguo, clásico y contemporáneo. Es un libro que aboga por recuperar la noción tradicional de «economía política», una economía pensada desde y para los ciudadanos de la *polis*. Por eso, le parece mejor matizar la expresión como «economía político-ética». Se trata de una visión de la economía que prefiere lo óptimo para el hombre antes que lo máximo. En esta línea, el autor nos recuerda cómo todavía Adam Smith consideraba a la economía como parte de la ética. Y nos deleita con interpretaciones muy cuidadas del pensamiento de Smith tendentes a evitar que se lo identifique con un egoísmo ilustrado. Pero lo más notable es el respaldo que brinda a la teoría económica de Amartya Sen. Precisamente porque la ve arraigada en una razón experiencial. Una razón en la que lo que importa es la vida de las personas. El enfoque de las capacidades de Amartya Sen dictamina que las decisiones económicas deben tomarse en función del tipo de vida que quieren vivir las personas, la forma de vida que les merece la pena vivir. Quien, en una sociedad opulenta, decide ayunar en Cuaresma, es libre de hacerlo. Pero el que pasa hambre porque no tiene más remedio no es libre. La razón experiencial aboga por un reparto equitativo de las riquezas, pero también por una capacitación a fin de que las personas puedan elegir su propia vida. Curiosamente, esta propuesta recupera algunos aspectos del pensamiento de Aristóteles y de Kant.

Muchos libros de Jesús Conill siguen la pista a cuestiones que habían sido ya apuntadas en sus dos primeras obras. *El poder de la mentira*, de 1997, analiza, de la mano de Nietzsche, la universalidad de estos dos fenómenos: la mentira y el poder. *Ética hermenéutica*, de 2006, propone una ética de la facticidad que articula los aspectos críticos con los experienciales, y en ello se abre a una ética de la responsabilidad.

En los últimos años, Jesús Conill ha profundizado en una idea nietzscheana: la idea de hacer del cuerpo el «hilo conductor de la hermenéutica». Nietzsche señala en sus *Fragmentos póstumos*,

que en el paso del impulso nervioso a la sensación ya hay un momento de interpretación y, a mayor abundamiento, de metáfora. Por eso, nuestra sensación sería ya hermenéutica. En rigor, esto no es una doctrina por completo nueva. El santo doctor que está representado sobre mi cabeza, por encima del solio, había hablado ya de «el juicio de los sentidos». Solo que a él le parecía un juicio inevitablemente incompleto. Jesús Conill, en cambio, desde una razón experiencial, trata de mostrar la fecundidad que se desprende de esta idea: convertir en hilo conductor de la hermenéutica no el lenguaje, como hace Gadamer, sino el cuerpo vivido. Y a fe que él ha tomado esta idea como *Leitfaden*, hilo conductor, de sus dos últimas obras: *Intimidad corporal y persona humana*, de 2019, y *Nietzsche frente a Habermas. Genealogías de la razón*, de 2021.

Conill se hace eco de la crisis de la intimidad que atenaza a nuestro tiempo. Si íntimo es el superlativo de interior, éxtimo es el superlativo de exterior. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven a menudo volcados en la extimidad, que no pocas veces se experimenta hoy como extimidad tecnológica. Frente a ello urge la recuperación de la intimidad como una manera de volver a la autenticidad de nuestra vida. Y la vía que se propone es la experiencia de nuestra intimidad corporal. Esta vía ha sido cultivada en algunos círculos de la medicina contemporánea, como los ligados a Juan Rof Carballo, Hermann Schmitz o Heinrich Schipperges. Pero también se la reconoce en una serie de filósofos españoles entre los que se halla nuestro Miguel de Unamuno. Todos ellos entienden la razón y la subjetividad desde su carácter «corporal y vital, afectivo, sentiente y experiencial, sígnico y poético, proyectivo y cordial». Precisamente el sentir nuestro cuerpo, y el cuerpo de los otros, es una manera de acceso a esa intimidad que no podemos mirar de frente so pena de convertirla en objeto. En la transacción corporal con nuestra circunstancia, en el batirnos el cobre día a día, ahí se revela nuestra intimidad. Y la conciencia de la intimidad tiene un efecto liberador.

El hilo conductor cuerpo se muestra también fértil para volver a plantear el tema de las genealogías de la razón. El último libro de Jesús Conill, *Nietzsche frente a Habermas*, retoma la relevancia de la razón en una época en que parece más importante tener poder que tener razón. Tres años antes de que saliera la traducción española de la última obra de Habermas, *Una historia de la filosofía*, Conill dialogaba críticamente con ella. Le objetaba no solo la débil presencia de Nietzsche en un tema tan importante como la genealogía de la razón, sino también su valoración inadecuada.

Una espeleología de la razón descubre el papel que en ella tiene lo sagrado. No es solo que el último Habermas reconozca un papel a la religión en la esfera pública, que hable de ella como faro y remanente de sentido, y que constate que continuamos arraigados en las tradiciones religiosas. Es también que el simbolismo religioso representa una raíz prelingüística de la razón comunicativa, que cuenta con las relaciones simbólicas. Paralelamente, en la razón impura de Nietzsche no deja de plantearse un lugar para la religión. El energúmeno come cristianos nos ha dejado también páginas de lirismo. En ellas habla de un cristianismo originario en la figura de Jesús de Nazaret; un cristianismo al que no se ajustaría el discurso acusatorio de la transvaloración de todos los valores; ni la crítica psicosociológica según la cual el cristianismo es moral de esclavos, nace del espíritu de resentimiento. Un cristianismo, en suma, al que tampoco se aplica la denuncia de la búsqueda sacerdotal del poder. Todavía hoy, dijo Nietzsche, es posible una vida como la de Jesús de Nazaret.

Los libros de Jesús Conill son preciosa fuente de información sobre los asuntos que tratan. Muestran una gran versatilidad en los contenidos, de manera que éstos se amoldan plásticamente a los distintos discursos que hacen al caso. Eso sí, también exhiben una cierta exuberancia de palabras compuestas, a veces siguiendo la pauta de la composición alemana. Lector habitual de esta lengua, Conill nos ha dado, además, una traducción de la *Metafísica de las costumbres* de Kant.

En los libros también están presentes temas que han marcado tendencia en las últimas décadas y con los cuales se confronta el autor: la bioética y el mundo de la sanidad, el diálogo con las neurociencias, el transhumanismo y la inteligencia artificial. Por lo regular, la ocupación con estos campos de problemas se ha producido en el marco de los más de siete proyectos de investigación en los que ha tomado parte.

Esto nos transporta a otro escenario de la actividad de Jesús Conill. Más allá de su desempeño como escritor de libros y artículos destaca su labor como difusor de conocimiento en vivo que ha contribuido a la presencia de la filosofía en la esfera pública. Lo vemos en foros filosóficos de carácter territorial, disciplinar, divulgativo... Lo vemos en revistas. Precisamente en ese campo es donde lo conocí en Madrid, una tarde de noviembre de 1992, en una reunión del consejo de redacción de la revista *Diálogo Filosófico*. Lo vemos en fundaciones y asociaciones, como la Fundación ÉTNOR, la Fundación Xavier Zubiri, la Sociedad de Estudios Kantianos en Lengua Española. Lo vemos en congresos y jornadas en ámbito internacional —Croacia, Italia, Inglaterra, Alemania—, y también en nuestro

entorno más cercano. Es en el marco de este tipo de actividades en el que comenzó a colaborar con la Universidad Pontificia de Salamanca en 1999, ampliando su generosa colaboración a lo largo de los años.

Jesús Conill es un conocido en ambientes donde se valora la reflexión filosófica y su diálogo con las ciencias naturales y humanas. Ejerciendo como un tábano, ese sobrenombre que adosaban a Sócrates sus paisanos, ha sido un incitador en los más variados foros, practicando en directo el hábito del discurso deliberativo, cuestionando modelos unilaterales de racionalidad, exhibiendo una característica agudeza crítica. Desde su conocimiento de la filosofía de Nietzsche, ha mostrado el insólito vigor de la razón impura que pone en primer plano cosas que tal vez preferiríamos ignorar, dando el pego de bienpensantes. Y esto comprende el abismo de lo irracional, de lo instintivo o lo neuronal que subyace a muchas manifestaciones aparentemente racionales. Pero, por fortuna, Conill quiere ser más amigo de la verdad que de Nietzsche. Y por eso, aunque hay que buscarla, tampoco se ahorra alguna observación crítica con el filósofo sajón.

Durante años he empleado en ambiente familiar la expresión «la conexión valenciana». Me refería con ello a esa extraordinaria pléyade de estudiosos de la filosofía que se ha constituido en la Universidad de Valencia, o que han salido de allí hacia otras universidades e institutos de enseñanza secundaria. Han sido alumnos de Jesús Conill, quien ha influido así en la configuración de los cuerpos docentes de filosofía en el Levante español y hasta Andalucía oriental.

Comenzábamos esta *laudatio* hablando de un crepúsculo, el crepúsculo de la metafísica. Queremos terminarla con el diagnóstico de una aurora en el último libro de Jesús Conill: «el gran avance histórico de la filosofía contemporánea —dice Conill— debe entenderse, a mi juicio, como una nueva aurora de la razón experiencial».

En esa razón experiencial que es hermenéutica, metafórica, intersubjetiva, cordial, genealógica, histórica y, por qué no decirlo, en cierto modo impura, queremos ver hoy el eje de la pretensión intelectual de Jesús Conill, la que le hace merecedor de este doctorado honoris causa.

Muchas gracias.

14 de marzo de 2025